

## EL ABRAZO

-¿No vas a darme un abrazo?

- Después.

- Me hubiera gustado ahora.

- Dije que después.

Las dos mujeres no desprendían sus ojos de la que tenían frente a ellas. Vieron todo: está gorda, tiene gallos en los ojos, se le nota mal carácter, quiere presumir con su collar de oro, creo que es más grande de lo que dice, está fea, no sé de qué puede sonreír, me la imaginaba más joven, más alegre; no se parece a nadie conocido, no acaba de simpatizarme, está caderona, esa bolsa que trae es pirata, se operó el pecho. Poco fue lo positivo: su cabello es sedoso, sus uñas están muy cuidadas, tiene buen gusto en su vestir, su voz es agradable, tiene ojos claros.

Se sentaron frente a frente en la cafetería de la Condesa donde se citaron. Qué se te antoja. Un café y quizá un pastel de los de queso, aquí los hacen muy buenos. Yo voy a tomar un té, el café me quita el sueño. Dicen que el té también. Sólo si es negro, los demás no, yo voy a pedir de distintas hierbas. Dime, eres casada. No lo sabes. No. Casada y separada, y por si lo vas a preguntar sin hijos. Trabajas. De algo tengo que vivir, mi ex no me da nada. Qué haces, digo, en qué trabajas. No son muchas preguntas. Quiero saber. Mejor te pregunto yo a ti. Hazlo, a eso vine. Contesta lo que me preguntaste a mí. Bien, soy casada, mi marido es agrónomo, con él tengo dos hijos, varones, uno se fue al norte a trabajar, el otro es administrador de empresas, tengo también dos nietos, y no, yo no trabajo.

Durante el prolongado silencio que siguió las dos bebieron su café y su té pero no dejaron de verse una a la otra. Breves sonrisas aparecían en su boca para desaparecer segundos después.

Fumas. No. Yo sí necesito un cigarro. En esta área no se puede. Tendré que salir a la calle. Eres esclava del cigarro. Fíjate que sí. Al menos lo reconoces. Sé reconocer mis faltas. Eso es bueno. Tú, no. Para qué sirve. Es posible que para nada. De eso estoy segura, tú reconoces tu falta para conmigo y no has hecho nada durante años. No sabía de ti. Es un buen pretexto. Tienes razón, sí lo es. Quieres hablar de eso. Perdona que te deje un momento, no puedo estar sin fumar.

Ni por estar una en la calle y la otra dentro del local dejaron de verse. La de la calle tenía el gesto más agrio que la de adentro pero las dos lo tenían. Un cliente que las observaba pensó que en cualquier momento una se iba a abalanzar sobre la otra como una fiera. Deben de estar peleando a un hombre, sacó en conclusión, de seguro que la más joven se quedará con él aunque la vieja tiene lo suyo.

No te molesta el olor. Apesto. No, bueno, sí, un poco. Los que fumamos no nos damos cuenta de eso. Tú no te has dado cuenta de muchas cosas. Si te dijera que sí, que sí me he dado cuenta. No te lo creería. Eres libre para pensar como quieras. Por supuesto que soy libre. No me gustaría empezar a discutir, a pelear. A qué viniste. A conocerte. Bueno, ya me viste, ya sabes cómo soy, al menos físicamente. Eres bella. No me hagas reír. De verdad, me gustas.

Otro de los comensales, de los que vienen solos, también observó a las dos mujeres. Llegó a la conclusión que debería ser una cita de esas que se hacen en los chats para ligar pareja. Estas dos son lesbianas, se dijo, y una está decepcionada de la otra. Si no fuera así hubiera tomado la mano que le ofrece la de enfrente y no la hubiera rechazado tan bruscamente como lo hizo.

Alguna vez trataste de encontrarme. De qué me hubiera servido. Yo sí te busqué mucho. Te tardaste muchos años en conseguirlo. Es verdad, fueron muchos, muchísimos. Bien dicen que el que busca encuentra. Te busqué en Morelia, donde naciste, después...Déjalo, no me interesa tu búsqueda, ya me encontraste, no. Puedes ser un poco menos dura, ser más amable. Así soy. No es bueno. Me imagino que no, qué más. Podemos iniciar una nueva etapa en nuestras vidas. No me interesa. Para qué aceptaste venir. Vine por curiosidad, las mujeres somos curiosas, no lo sabías.

La mujer joven con una seña pidió al mesero la nota para pagarla. Se les preguntó a las dos si no se les ofrecía algo más. Yo sí, dijo la vieja, un poco más de café.

Te lo vas a tener que tomar tú sola, me tengo que ir. Te lo ruego, espera un poco. Para qué. Para que hablemos, para que nos digamos todo. Yo no tengo nada que decir. Te aseguro que sí. También eres adivina. Por favor, no te vayas. Okay, esperaré un rato más pero no para que te me quedes mirando como hasta ahora, si tienes algo que decir dilo pues no creo que volvamos a vernos nunca más.

A la mujer de mayor edad ya no le importó que fuera un área sin fumar, encendió un cigarillo. Sus dedos temblaban ligeramente. Por primera vez dejó de mirar directamente a la joven, ahora veía el mantel, su bolsa, la taza, el suelo. La otra, en reto,

la miraba directamente dibujando una sonrisa sarcástica en su rostro. Ninguna de las dos hablaba.

Para esto me pediste que me quedara, para ponerte a ver el suelo. Te quiero pedir perdón. Vaya, hasta que oigo algo inteligente. Pero no sé cómo hacerlo, no sé que decir. Ya lo dijiste, o no. Sí, podrás perdonarme. Ganarías algo con eso, se remediaría algo. Creo que sí. Estás segura. Al menos eso deseo. Años y años de hacerme sufrir y todo borrado por un perdón, qué bonito, no. Yo también sufrí. Si tú lo dices. Sufrí más que tú, te lo aseguro. Cómo se mide el sufrimiento, con kilos, con medidas, con qué. Con insomnios, con dolores, con arrepentimientos, con locura. Bueno, las dos sufrimos, cada quien a su manera, tú dices que más que yo y está bien, tú ganas, eres la sufrida. No te burles. No me estoy burlando.

Un niño se introdujo al local a pesar de estar prohibido por un letrero a ofrecer dulces y chicles. La mujer grande lo rechazó de mala manera, la otra le dio unos pesos. El niño agradeció y se fue.

Así me rechazaste a mí, como a ese niño, no te había hecho nada para que lo trataras de esa manera. Estaba sucio y todos ellos roban. Te consta. Dejemos ese niño. Así me dejaste a mí, a esa niña. No te dejé. No. Claro que no, para eso vine, para decirte la verdad. Pienso que no te la voy a creer. Haz un esfuerzo. Dila. Es difícil. Más difícil fue para mí soportar años y años el título de recogida, de adoptada, de niña rechazada por sus padres verdaderos. Repito que yo no te rechacé. No. No. Eso es más grave, sin rechazarme me diste en adopción, te pagaron mucho por eso, sólo así se explica. No te vendí. Entonces me regalaste a unos desconocidos y luego dices que no te estorbaba. Mis padres, o sea tus abuelos, te arrancaron de mis brazos, no podían tener una hija sin casarse. Te dejaste. Me golpearon, me encerraron durante semanas, me amenazaron. Después te casaron bien, con una persona de dinero. Eso querían. Y mi padre. No me preguntes por él. Dijeron que era un bandido, un guerrillero. Tu abuelo lo mandó matar, lo hicieron por la espalda. Lo querías. Más que a mi vida. Me retiro, ya sé lo que quería saber.

¿Me vas a dar el abrazo?

¿Por qué no?

Tomás Urtusástegui

Junio 2009